

los libres pensadores, no les basta á los que experimentan la necesidad de creer tener una religion teórica que se concilie bien ó mal con la razón; quieren una religion que puedan practicar, si es que prescribe algunas prácticas. En ese caso el compromiso de Leibnitz se parece á esos tratados de paz que los reyes firman muchas veces cuando las naciones están cansadas de la guerra, pero que se apresuran á romper en cuanto cambian las circunstancias. La filosofía no puede aceptar la religion de Leibnitz, porque es una religion revelada, y la revelacion milagrosa es incompatible con la razon. Es menester que la revelacion sobrenatural sea reemplazada por la revelacion natural, permanente, de Dios en la humanidad. Entónces la conciliacion que Leibnitz trató en vano de operar por vía de transaccion, se hará por sí misma, porque la fe no exigirá ningun sacrificio á la razon, ni la razon á la fe.

## II.

La filosofía cristiana no fué aceptada por los *libres pensadores*, porque atendia demasiado á las creencias supersticiosas del cristianismo tradicional. Los *deistas ingleses* se daban este bello nombre de que en vano se quiere hacer una injuria. ¿No es el pensamiento libre en su esencia? ¿Y á quién debemos ese dón inestimable? ¿No es aquel á quien debemos la existencia? El libre pensamiento es, pues, un dón divino; no reconoce límite alguno, porque Dios no le ha impuesto ninguno. ¿Retrocederá, como Descartes, ante algunos frailes que se asientan en Roma y que se llaman los guardadores de la fe? ¿Quién, pues, habia encargado á los inquisidores el ser carceleros de la razon? ¿Dios? ¡Qué sacrilegio! ¿Se detendrá la razon ante una confesion de fe consignada en los libros simbólicos? Pero los que han escrito estas fórmulas son tambien hombres, ¿y pueden los hombres cambiar las leyes de Dios? ¿Pueden hacer esclava á la razon que Dios ha creado libre? Es verdad que los inquisidores de Roma, lo mismo que los teólogos de Augsburgo, invocan una autoridad más que humana, la palabra de Dios. El libre pensamiento se encuentra, pues, frente á una revelacion sobrenatural de la verdad. ¿Abdicará su libertad ante esta pretendida revelacion?

Los filósofos cristianos lo habian hecho. Más atrevidos los *deistas* se negaron á sacrificar su libertad en los altares de una Iglesia cualquiera, y se mostraron en esto más lógicos que Descartes y Leibnitz. Los que oponen al libre pensamiento una revelacion divina son hombres. Pero ¿dónde están sus títulos? Para creer en una revelacion son necesarias razones, son necesarios algunos testimonios. Las autoridades, la razon tiene el derecho de discutir las. Esto es lo que hicieron los libres pensadores de Inglaterra. Ahora bien, examinados de cerca por la razon, los milagros desaparecen lo mismo que las tinieblas de la noche ante la luz del sol. Si no hay milagros, ¿qué es de los misterios del cristianismo histórico? Son todos sobrenaturales por su esencia, empezando por la encarnacion del Hijo de Dios, el más grande como el más imposible de los milagros. Este es el fundamento de la revelacion; con él cae todo el edificio de la ortodoxia, llámese protestante ó católica. Si se despoja al cristianismo de su envoltura milagrosa ¿que queda? Queda una religion que la razon puede confesar, el deismo, que pudiera llamarse tambien una religion racional.

Los filósofos del siglo XVII sostenian que su filosofía era idéntica con la religion, en el sentido de que la fe y la razon son idénticas. Lo que no era más que una pretension entre los filósofos, se convierte en una verdad para los *deistas*. Es decir, que la fe se transforma. A los ojos de Descartes y de Leibnitz, la fe se confunde con la revelacion cristiana, y siendo aquella fe esencialmente milagrosa, resulta que la religion consiste en misterios que sobrepujan á la razon y la contrarian. Hé aquí, por qué fracasaron en su obra de conciliacion. Esta es la razon providencial del advenimiento del deismo. Rechazando los *deistas* los milagros y los misterios, la fe deja de ser sobrenatural para convertirse en natural; desde cuyo momento nada impide identificar la fe y la razon puesto que tienen una y otra en realidad el mismo principio, la naturaleza del hombre. Por eso desde el siglo XVI, el patriarca de los libres pensadores, lord Herbert, decia que los cinco artículos de su religion natural concordaban completamente con el cristianismo (1).

(1) HERBERT, *Religio laici*, p. 9, 10. — Véanse estos cinco artículos en el tomo IX de mis *Estudios*.

Toland, que pasa por uno de los jefes más decididos del deísmo, declara que su religion es la de Jesucristo y de los apóstoles; en la obra misma en que demuestra que los misterios no son más que una ilusion de la fe, se proclama discípulo de Cristo, á quien llama el autor de su creencia (1). Chubb, uno de los deístas más consecuentes, dice que no hay religion más pura, más perfecta que el cristianismo, y que no hay guía más seguro para conducir á los hombres por el camino de la perfeccion (2). Tindal, el escritor mal reputado, á quien se acusa de incredulidad, llama al cristianismo una religion muy santa (3).

¿Cómo podian los deístas llamarse cristianos, cuando el deísmo pasa por sinónimo de incredulidad? ¿Se les debe acusar de hipocresía? No ha dejado de dirigírseles esta censura; ellos la han rechazado siempre con energía. Si Toland se esfuerza en probar que no hay misterio en el cristianismo (4), que no hay nada en las enseñanzas de Jesucristo que sea contrario á la razon, ni esté por encima de la razon, no es porque trate de atacar á la religion en su esencia: lo que él quiere destruir es la supersticion, y al destruirla espera destruir tambien la impiedad, porque lo que da una apariencia de legitimidad á los impíos son precisamente las creencias supersticiosas que la razon rechaza. Woolston, el autor de las *Cartas sobre los milagros*, es tal vez de todos los deístas el que ha excitado más odios; no se limitaron á acusarle de impiedad, fué reducido á prision. En efecto, combatir los milagros, era destruir el cristianismo tradicional que dominaba en la Iglesia anglicana, era destruirla, no solamente en el terreno del dogma, sino tambien en las creencias populares, lo cual toca más de cerca á las gentes de Iglesia. Woolston se defendió; declaró que no combatía los milagros más que porque son un fundamento ruinoso para apoyar en él la mision de Jesucristo; protestó que no pensaba en favorecer á la incredulidad «la cual no halló jamas cabida en su alma» (5).

(1) *Life of Toland*, p. 83.—TOLAND, *Christianity not mysterious*, p. 28.

(2) CHUBB'S, *Posthumous works*, t II, p. 370.

(3) TINDAL, *Christianity as old as the creation*, p. 332.

(4) TOLAND, *Christianity not mysterious* (1696).

(5) WOOLSTON, *Cartas sobre los milagros*, t. I, p. 8 y 15.

Estas protestas, dicen los ortodoxos, son vanas, porque están en oposicion con las doctrinas profesadas por los deístas. ¿Queda todavía cristianismo cuando no hay ya revelacion? ¿y puede hablarse de revelacion cuando no hay ni milagros, ni misterios, y cuando se identifica la religion cristiana con la religion natural? No, seguramente no hay ya cristianismo sobrenatural. Pero ¿no hay en el cristianismo más que milagros y misterios? No era esta la opinion de los deístas, como no lo es la de los protestantes avanzados de nuestros dias. Distinguen en el cristianismo el elemento moral, ó si se quiere, el principio racional, y el elemento supersticioso, que atribuyen á la ignorancia, al error, al cálculo, ó á las circunstancias históricas en que la doctrina cristiana ha nacido y se ha desarrollado. Conservan la esencia del cristianismo y rechazan la mezcla impura que lo altera. En este sentido tienen el derecho de llamarse cristianos. Este no es ya el cristianismo tradicional, es un cristianismo transformado que la razon puede aceptar.

Llegamos al lazo que existe entre el deísmo inglés y la filosofia francesa del siglo XVIII. Si el deísmo satisface á la razon ¿por qué no se han contentado con él los libres pensadores? ¿por qué de la fe han pasado á la incredulidad? Porque los deístas eran protestantes, al paso que los filósofos fueron educados por los jesuitas. El protestantismo tiene una inmensa ventaja sobre la religion católica; no reconoce Iglesia infalible, depositaria de la fe revelada; no admite regla invariable de creencia, fuera de la cual no haya salvacion; deja mucho á la razon individual, porque ella es en definitiva la que interpreta las Escrituras. Ahora bien, la razon humana es progresiva por su esencia; si es ella quien interpreta la revelacion, la revelacion tambien tendrá que ser progresiva. La transformacion, pues, del cristianismo se opera de un modo completamente natural; es una revolucion incesante, pero pacífica; hasta los más avanzados pueden llamarse cristianos, porque conservan la esencia del cristianismo. Tales fueron los *deístas ingleses*. Pero si el deísmo puede bastar á las naciones protestantes, no sucede lo mismo con los países católicos. ¿Cuáles fueron las primeras lecciones de religion que recibieron los filósofos franceses? Que no hay más que una Iglesia ortodoxa, la de Roma; que fuera de

su seno no hay salvacion; que solamente ella posee la verdad; que fuera de ella no hay más que error; que no hay ni puede haber más que una sola religion; que tampoco hay más que una moral, la moral católica, porque, desligada de los lazos de la fe, la moral carece de base. En estas ideas fueron educados Voltaire y Diderot. Cuando la razon se despertó entre ellos, se convencieron de que todo aquel fárrago de ortodoxia no es más que una vana quimera. Abandonaron la Iglesia como la abandonan todavía diariamente los que salen de los pañales de la infancia intelectual. ¿Qué pensarán del cristianismo? ¿Pueden pensar en separar en la religion cristiana las verdades esenciales de los accidentes debidos á las circunstancias? Se les ha enseñado á confundir lo que es transitorio con la esencia de la fe: ¿qué digo? las supersticiones constituyen todo el catolicismo práctico. Rechazarlas es rechazar la religion, es no tener religion, es ser incrédulo. Hé aquí cómo los filósofos se hicieron incrédulos. El deísmo no les bastaba: lo desecharon por el mero hecho de llamarse cristiano, pues todo el que se llamaba cristiano les era sospechoso. Lo que áun sucede á nuestra vista diariamente, nos explica la incredulidad del último siglo: siempre que hay algun impío completamente incurable, procede de las escuelas de los jesuitas.

### III.

Los grandes escritores del siglo XVIII se llaman filósofos; merecen este hermoso nombre porque son libres pensadores. No son ya filósofos á la manera de los del siglo XVII, no pretenden ya conciliar la fe y la razon; por el contrario, abandonan la fe porque su razon no puede aceptarla. Hé aquí un progreso de franqueza. Puesto que la fe es incompatible con la razon, puesto que no quiere ni áun dejar al libre pensamiento la libertad que Dios le ha concedido, es preciso hacerle la guerra, y una guerra á muerte, porque no hay conciliacion posible entre la razon y un dogma que niega, que persigue al libre pensamiento. Ya veremos quién

triumfa, dice Voltaire. Los filósofos van, pues, más allá que los deístas; no son discípulos de Jesucristo, no dicen que el cristianismo es una santa religion, ó si lo dicen, si afectan muchas veces un profundo respeto hácia la religion oficial, la mentira es tan evidente que apenas se puede acusar á los filósofos de haber mentado; porque no quieren que se los tome en serio. Si hay en sus palabras una apariencia de hipocresía, hay que echársela en cara á los opresores del libre pensamiento; se debe acusar á la tiranía y no á sus víctimas.

El *Discurso preliminar* de la *Enciclopedia* es una obra maestra de esta hipocresía artificiosa. ¿Qué era la *Enciclopedia*? Una máquina de guerra, montada para batir en brecha al catolicismo. Pero ¿cómo hacer pasar esta máquina de destruccion por las horcas caudinas de la censura? Era preciso hacer otro caballo de Troya, relleno de astucias y de engaños. Oigamos á d'Alembert; creíase oír á Descartes ó á Leibnitz; es más que un deísta, es un filósofo cristiano el que habla: «No hay más que un corto número de conocimientos en los cuales podemos tener confianza; no bastan para satisfacer todas nuestras necesidades. La naturaleza misma del hombre es un misterio impenetrable para el hombre, cuando no está iluminado más que por la razon sola; *los mayores genios, á fuerza de reflexiones sobre una materia tan importante, no llegan muchas veces más que á saber algo ménos que el resto de los hombres.* Otro tanto puede decirse de nuestra existencia presente y futura, de la esencia del Sér á quien la debemos y del género de culto que exige de nosotros. *Nada nos es más necesario que una religion revelada que nos instruya sobre tantos objetos diversos.* Destinada á servir de suplemento al conocimiento natural, *nos presenta una parte de lo que estaba oculto para nosotros, pero se limita á lo que nos es absolutamente necesario.* Algunas verdades que creer, un corto número de preceptos que practicar: hé aquí á qué se reduce la religion revelada; sin embargo, *á favor de las luces que ha comunicado al mundo, hasta el pueblo tiene hoy sobre un gran número de cuestiones interesantes opiniones más firmes y decididas que las tuvieron las sectas de los filósofos.*» Más adelante d'Alembert opone la teología natural á la teología revelada: la primera no tiene más conocimiento de Dios que el que produce la razon sola, y no es de

gran extension; al paso que *la teología revelada encuentra en la historia sagrada un conocimiento mucho más perfecto de este sér* (1).

Si los censores aceptaron estas excusas, serian sin duda cómplices de los filósofos. Unos inquisidores verdaderos no se hubieran engañado; hubieran dicho á d'Alembert: «Hablais como un padre de la Iglesia; pero si pensais en realidad todo cuanto acabais de decir, no vemos por qué os tomais el trabajo de escribir *in fólios*. Decis perfectamente que los filósofos, *saben algo ménos que el resto de los hombres acerca de Dios*, de la vida futura y del hombre mismo; ¿por qué, pues, vos y vuestro amigo Diderot continuais filosofando? ¿Por qué no os contentais con la palabra de Dios, ó mejor aún, con vuestro catecismo, puesto que, gracias á ese catecismo, el pueblo entre nosotros está más firme en sus creencias que lo estaba Platon entre los Griegos? Os rompeis la cabeza en estudiar matemáticas; ¿y para qué? ¿No teneis la verdad revelada que reemplaza á toda ciencia? Dejad á un lado esas vanas especulaciones; si os empeñais en publicar *in fólios*, haced traducciones de los Santos Padres; ganaréis el cielo con más seguridad, y vuestros lectores lo ganarán tambien con más seguridad que si leen vuestra teología natural.»

Este sermón no hubiera agradado á nuestros filósofos. Eran libres pensadores, y de los más decididos. ¿Cómo conciliaban el libre pensamiento con su profesion de fe cristiana? Nada más curioso que este nuevo esfuerzo. ¿Qué mal, dicen, puede causar la filosofía á la religion? Suponedla tan hostil al cristianismo, tan ciega como querais. ¿No veis que la religion cristiana *no tiene por qué temer ataques tan débiles?* «Enviada por el cielo á los hombres, la veneracion tan justa y tan antigua que los pueblos le profesan ¿no ha sido siempre garantizada por las promesas de Dios mismo?» «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Por otra parte, por absurda que pueda ser una religion (censura que solamente la impiedad puede dirigir á la nuestra) no son nunca los filósofos los que la destruyen; áun cuando enseñan la verdad, se contentan con mostrarla, sin obligar á nadie á que la reconozca.» En fin, la religion puede sacar las mayores ventajas de la verda-

(1) *Enciclopedia*, t. I, p. 13 y 19.

dera filosofía; le es preciso pues, dejar á ésta la libertad, que necesita. «Si el cristianismo da á la filosofía las luces que le faltan, si solamente á la gracia corresponde el someter á los incrédulos (1), á la filosofía corresponde el reducirlos al silencio.» Este último rasgo es delicioso. Hé aquí á los incrédulos puestos al servicio de la Iglesia para hacer callar á los incrédulos. Compadezcamos á los filósofos por esta hipocresía obligada, y guardémonos de imitarlos. Sufrian la ley del más fuerte; no se les permitia despegar los labios más que á condicion de que sus palabras fuesen medidas. Nosotros somos libres, y si seguimos teniendo á la Iglesia por enemiga, nuestro deber es hacerle frente; guardarle contemplaciones sería una cobardía indisculpable.

Volvamos á la filosofía del siglo XVIII. Los ortodoxos modernos están léjos de tener hácia los libres pensadores los miramientos, ó si se quiere, las debilidades que se tenian en el último siglo con la secta inquieta de los enciclopedistas; de la indulgencia excesiva han pasado á un odio ciego; persiguen á todos los filósofos con sus acusaciones de ateísmo y de materialismo. Esto es ya ignorancia ó injusticia y hasta ingratitud. Para apreciar á Voltaire es preciso colocarse en medio del movimiento antireligioso del último siglo; los ánimos estaban tan sobreexcitados, que hubo mujeres que echaban en cara á aquél á quien hoy se presenta como la encarnacion de Satanás, el ser santurron, porque reconocia y defendia en alta voz la existencia de un Sér Supremo. El buen sentido dominaba en Voltaire á la pasion, y le salvó de los últimos extravíos en medio de la más ardiente lucha. Escribe á Damilaville el 8 de Febrero de 1768: «Yo moriré siendo tan opuesto á la impiedad como al fanatismo» (2). Léjos de ser un ateo ó un materialista, combatió toda su vida los excesos de los incrédulos que atacaban la existencia de Dios, y que querian rebajar al hombre al nivel de los animales.

Rousseau, que comparte con Voltaire el odio de los ortodoxos, apenas puede ser comprendido entre los filósofos; tiene sangre de los reformados en sus venas, y en realidad procede del protestantis-

(1) *Enciclopedia*, t. I, p. 82.

(2) VOLTAIRE, *Obras*, t. LIV, p. 400 (edic. RENOUARD).

mo más que de la filosofía. De aquí sus vacilaciones y sus contradicciones. En su *Emilio*, escribe «que hay misterios que no solamente son imposibles de concebir para el hombre, sino de ser creídos» (1). En su *Carta al Arzobispo de París*, dice «que no son menores las dificultades para rechazar la revelación que para admitirla.» Se lamenta de que se atrevan á acusarle de desechar toda revelación, «como si fuese desechar una doctrina el reconocerla sujeta á dificultades insolubles para el espíritu humano; como si fuese desecharla el no admitirla por el simple testimonio de los hombres, cuando se tienen otras pruebas equivalentes ó superiores que dispensan de ésta.» Estos arranques á medias no satisfacen al libre pensamiento, es menester decidirse: si se quiere ser cristiano, se debe aceptar la revelación por completo, sin añadir que hay misterios en los que no se puede creer; si se quiere ser filósofo es menester rechazar toda revelación sin titubear, no admitir misterio alguno, porque la razón no puede creer en ninguno. Era, pues, conveniente que hubiese incrédulos que pusiesen fin á estas contemplaciones hácia una religión que es incompatible con el libre pensamiento.

Rousseau escribía más bajo la inspiración del sentimiento que bajo la de la razón. Lo que dice del Evangelio es pura poesía: «Véanse los libros de los filósofos con toda su pompa; ¡qué pequeños son comparados con éste! ¿Puede acaso un libro á la vez tan sublime y tan sencillo ser obra de los hombres?» Á esto la razón apoyada en la historia responde: «No solamente puede ser, sino que es. Y si dudais de ello, si creéis que realmente los Evangelios están escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, ¿por qué filosofais? ¿Por qué escribís vuestra *Profesión de fe del Vicario saboyano*? Dejad vuestra elocuente pluma y prosternaos ante el Hombre Dios.» Siendo los Evangelios un libro tan divino, claro está que su moral es divina. Rousseau repite la vulgaridad que se halla en los escritos de todos aquellos que hacen la corte al cristianismo: «Solamente el Evangelio es, en cuanto á la moral, siempre seguro, siempre verdadero, siempre único y siempre semejante

(1) ROUSSEAU, *Emilio*, lib. IV.

á sí mismo» (1). Esto también es poesía. ¿Acaso las máximas evangélicas sobre la perfección son la expresión de la verdad absoluta? ¿Por qué, pues, no se consideran más que como simples consejos en la Iglesia católica? ¿Y por qué los protestantes tratan de interpretarlas de modo que se concilien con las exigencias de la vida real? Las exageraciones de Rousseau no servían más que para una cosa, para dar armas á los defensores de las supersticiones cristianas contra los libres pensadores. Así, pues, los incrédulos han hecho bien en rechazar el respeto tradicional y aún de fórmula que se afecta hácia la majestad del Evangelio: es una cadena que aprisiona al espíritu humano; debemos agradecer á los incrédulos el que la hayan roto.

Otro tanto diremos del entusiasmo que la gran figura de Jesucristo inspira á Rousseau y á todos aquellos que, como él, escriben como poetas. Nada más legítimo, mientras no se pretenda hacer de Cristo un Dios; pero Rousseau llega hasta esto. No quiere que se compare al Hijo de María con Sócrates; es una preocupación, exclama, es una ceguera, es mala fe! «Sí: si la vida y la muerte de Sócrates son las de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son las de un Dios.» Respondamos al entusiasmo con el buen sentido. Voltaire se encarga de dar esta lección á su émulo; preguntó á Rousseau: «¿Habeis visto morir á los dioses? ¿Los dioses se mueren?» (2) Si los filósofos se perdían en el galimatías cristiano, bueno es, repetimos, que los incrédulos hayan puesto fin á este fetiquismo. Es la cadena más fuerte de que se sirve la Iglesia para sujetar al libre pensamiento: ¡Gloria á los incrédulos por haber roto sus cadenas!

#### IV.

La filosofía, en manos de pensadores simpáticos al cristianismo, amenazaba ser fatal al libre pensamiento. En vano Rousseau demolió la revelación milagrosa con una mano; la reconstruía con

(1) ROUSSEAU, *Emilio*, lib. IV.—*Cartas de la Montaña*, III.

(2) ROUSSEAU, *Emilio*, lib. IV.—VOLTAIRE, *Dios y los hombres*, c. XXXV.